Javier Bosmediano

Cuentos desde la ventana

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA "BENJAMÍN CARRIÓN" NÚCLEO DE IMBABURA

Javier Bosmediano

Cuentos desde la Ventana

Colección TAHUANDO Nº 302
Ibarra, 2022

Casa de la Cultura Ecuatoriana
"Benjamín Carrión" Núcleo de Imbabura

Luis Fernando Revelo C.
DIRECTOR

CUENTOS DESDE LA VENTANA
© Javier Bosmediano

Colección: "TAHUANDO" Nº 302

Diseño: Julio Flores Ruiz

1ª edición, 20 de abril del 2022
Impresión, Studio21
Quito-Ecuador

Prólogo

Cuentos desde la ventana es una selección de seis relatos cortos ambientados en diferentes escenarios geográficos y tiempos distintos. En esta oportunidad he querido poner en juego la imaginación al servicio de la composición cronológica tanto en la trama como en la creación de personajes encontrados algunos en el pasado y proyectados a su presente inmediato; todos ellos dueños de sus propios mundos y circunstancias que los caracterizan.

El autor ha querido mirar desde lo más profundo de su interior hacia afuera, desde un escenario casi real, así como alguien que mira proyectarse la luz desde su ventana hacia una estancia imaginaria. La luz da forma a los recuerdos traídos a la pluma del autor donde confluyen narrador y personajes disímiles buscados o encontrados en la casualidad y el azar; todos ellos interactúan en entornos llevados por la fatalidad fortuita, sin dejar de ser auténticos y verosímiles.

Recurriendo a una retrospectiva, desde un escenario idealizado, en estos relatos se han creado personajes poco convencionales atrapados en historias controvertidas donde suceden desenlaces inesperados justo en el momento cuando sus sueños poco a poco van dejando de corresponder a una realidad que se vuelve desalentadora.

En relatos como "La Ermita" y "El catre", se funden hechos y situaciones entre imaginarias y reales sustentados en tramas tanto verosímiles, que de alguna manera van atrapado el interés del lector por conocer sus controvertidos desenlaces debido al juego apasionadamente inocente de la vida, llevados por una suerte incierta.

En definitiva, nada es lo que parece. En "Cuentos desde la ventana", solo el lector tiene la certidumbre de extraer la esencia de su contenido desde su vigilia interior.

El autor

Amores de fantasía

Los veinte y dos meses de pandemia habían inutilizado al circo, los artistas permanecían inmóviles mientras observaban de soslayo las cosas pasar sin más precaución que cuidar de no enfermar y encontrar como ocupar su tiempo en algún asunto que les permita relajamiento.

El circo era su único sustento de vida.

La caravana circense se había detenido en un lugar apartado de la ciudad; toda su logística: autos, motos, y carromatos anclados permanecían aparcados en un espacio y tiempo desconocidos a la espera de llegar algún destino donde empezar de nuevo a montar la enorme carpa que permanecía guardada en secciones al interior del tráiler estacionado en un espacio indefinido del tiempo.

Los aparatos mecánicos que daban forma a la colosal estructura del circo y los baúles cargados de vestimentas que los artistas ostentaban en sus variadísimos números se colocaron en un segundo camión y allí permanecían desapercibidos, pues nadie sabía con certeza hasta qué punto esta pandemia los iba a mantener alejados de su ambiente de espectáculos y diversión; para ese entonces, el circo era conocido en todos los lugares del mundo por su brillante presentación y la acogida que les brindaba los chicos y grandes era simplemente fabulosa.

Pero ese día tuvieron que parar y no sabía hasta cuándo permanecerían inactivos debido a la crisis sanitaria provocada por esta pandemia.

El dueño del circo, un hombre de unos setenta años de edad, padre de Tamara una chica joven todavía que la concibió con una mujer que se cansó de vivir bajo la carpa y las órdenes de un hombre furibundo y curtido por los años de trabajo, conocedor del legado que le dejaría sus padres al morir. Reunió a todos los que vivía bajo su tutela y les hablo así.

— ¡Prepárense a desmotar todo el equipo. Todas las cosas deben estar bien distribuidas; en orden y en su lugar¡. Su frustración y desaliento era evidente, haciéndose notar su mal humor en este fatídico día.

¡Aquí permaneceremos hasta que esta mierda pase! Quien decida irse, puede hacerlo e imponiendo su autoridad el dueño de la carpa lanzó esta advertencia.

¡Aquí se gana el pan con el sudor de la frente, bellos señores y señoritas!

— ¡Está bien jefe!, —respondieron los más interesados—.

— Si le sorprendo robando a alguien le corto las manos, ¿Entendieron?

En el circo yo soy la ley. ¡Los demás a empezar a trabajar!.

Quienes formaban parte del circo no encontraron otra opción que mantenerse unidos, pues de lo contrario podían correr el riesgo de ir a vivir a las calles en pleno auge de la pandemia cuando los cadáveres de infectados se contaban por cientos en la ciudad de Guayaquil; a la final para esas pobres gentes el circo era su única familia por lo que la mayoría de payasos, trapecistas y contorsionistas, se quedaron durmiendo en carpas distribuidas por la zona que les había otorgado la ley.

Eso si cada uno temía por sus vidas, toda medida de bioseguridad no era extrema al interior de las carpas donde habitaban los trashumantes viajeros del espectáculo.

Sofía, una muchacha de una belleza exótica que había nacido de las entrañas de una gitana que cocinaba para todos quienes habitaban la gran carpa al interior de la familia Fuentes— Gasca aprendió de sus padres un espectáculo que era uno de los más exitosos del circo, siempre mantuvo una actitud rebelde pues por sus venas corría sangre gitana; jamás se doblegó ante cualquier obstáculo siempre salía airosa y vencía lo mismo que pequeñas dificultades como grandes retos cuando se proponía hacerlo; por lo que se preparó para la prolongada espera en confinamiento debido a las asechanzas de la

pandemia mortal que no distinguía entre ricos y pobres en llevarlos hacia la muerte segura.

Tamara, temiendo por la estabilidad de la familia y sobre todo por el crecido amor que le profesaba a su novio, por un momento se sobresaltó al pensar que Alex abandonaría la carpa en procura de mejores días.

Al contrario de lo que pensaba Tamara, Alex se sentía seguro de sí mismo; en el instante en que el patrón dio las órdenes él se reunió con los muchachos haciendo sus obligaciones rutinarias y de buen agrado.

Tamara aprovecho la hora del almuerzo para abordar a su padre; ese día almorzaron frugalmente, era preciso racionar los alimentos para futuros días.

Se sentó frente a él como era su costumbre hablándole con absoluta transparencia a modo de consejo y, además, lo que le iba a decirle, le convenía a sus intereses.

— Padre, no tiene razón que todos vivan con nosotros. Imagínate lo que nos espera; no sabemos lo que nos sucederá a nosotros. ¿Acaso no te has puesto a pensar en las consecuencias de lo que significa una pandemia padre?
Aquí tú puedes disponer de quien se quede o no con nosotros. Por ejemplo —citó a Sofía con dedicatoria— Es quien cobra más por su actuación; ella y sus amigos puede irse padre. Ellos encontrarán trabajo donde lo busquen mientras dure esta crisis; en cambio los hombres los necesitamos para cuando todo esto termine.
Su padre un hombre experimentado en asuntos de sobrevivencia a través de los años, tomó la palabra y le respondió aplomado y directo.
— Tamara, escúchame.

A mí me sirven igual mujeres y hombres acá hay mucho.., muchísimo que hacer; dejarles en libertad es lo que debo hacer, no voy a presionar a nadie para que se vaya o se quede. Tamara tú me cono-

ces de sobra como yo administro este negocio. Tú no me vas a decir lo que debo hacer.

> De mis padres y de mis abuelos he aprendido a manejar esta carpa.
>
> No es la primera vez que sufrimos una crisis económica. Recuerdas en Perú cuando a causa de las inundaciones perdimos la mitad del circo, sobrevivimos y aquí estamos otra vez. Y saldremos de esta también.
> Ahora vete tranquila a tu carpa es solo cuestión de tiempo, ya verás.

Ahora solamente quedaban levantadas las estructuras metálicas de las columnas mayores desde donde se sostiene la enorme lona que da forma a la carpa donde artistas, acróbatas y malabaristas fueron los que llevaban la magia a los niños de la ciudad.

Por primera vez en más de cincuenta años el circo se había detenido en algún lugar del mundo. En los rostros de los payasos, las bailarinas, los trapecistas y las contorsionistas se podía reflejar un desánimo creciente y sus esperanzas de volver a actuar se veían tan lejanas.

El administrador que respondía por el pago de los artistas, no hacía otra cosa que lamentarse y de vez en cuando encontraba alguna oportunidad para ocupar a sus artistas en algún espectáculo privado que lograba concretar.

Los más jóvenes mantenían sus rutinas en ejercicio. En cambio que el padre de Tamara estaban a la espera que las autoridades los concediera el derecho de volver a actuar como en sus días de apoteosis circense.

La pareja de ucranianos que habían llegado a pedir asilo al circo aprovecharon el tiempo para aprender el idioma español a fin de ponerse al tanto con los otros artistas en un futuro que no se veían halagador en mucho tiempo.

El enano que vestía de mono y que había aprendido a caminar encima de las pelotas gigantes de hule, cayéndose a propósito para hacer reír a los niños, iba y venía haciéndole servicios domésticos a

Tamara, el enano se había convertido en el confidente más cercano de Tamara.

Al enano no le eran indiferente las razones porque Tamara celaba de Sofía, el enano conocía muy bien a las dos jóvenes mujeres y siempre que podía sacaba partido de la situación.

Un día le dijo Tamara que le mantuviera informada de los pasos que Sofía podía dar y que ella, Tamara, tal vez no pudiera enterarse.

— Debes mantenerme al tanto —le dijo Tamara— de lo que Sofía pretenda en favor de sus intereses con algún muchacho dentro de la carpa.
— Sí patrona, lo haré pero también recuerde que el patrón está pretendiendo sacarme de su lista de artistas es lo que he escuchado decir.
— No te preocupes, tú solo tienes que hacer lo que yo te pida, recuerda que "Vivir es un arte" y cuesta hacer una buena representación mientras estemos vivos.
— Sí patrona, lo hare según nos convenga.

Se alejó el enano con la consigna de servir a su patrona según sus instrucciones por una parte y por supuesto también de ganarse los favores de Sofía que era la mujer mejor pagada del circo.

Entre tanto la rivalidad entre Sofía, la chica que manejaba el arco y la flecha con una precisión impresionante y Tamara la hija del dueño de la carpa se hacía más profunda y visible entre el elenco de artistas al interior de la carpa.

Tamara que hacía su rutina en la argolla suspendida en el aire, cuyas rutinas sensuales eran los atributos que mantenía a los espectadores atraídos por su belleza y sus contorsiones en la argolla entre el suelo y el espacio a mitad el mástil de la carpa, se mantenía siempre regia. Un hermoso cuerpo de proporciones bien definidas más su belleza angelical podía admirarse en la atmósfera embriagadora del circo.

Esta mujer que era la adoración de Alex su novio y amigo inseparable desde su adolescencia, cuidaba todos los días de mantener la

ilusión de abandonar el circo para siempre en compañía de su novio, consiguiendo mantenerse fuera del control de su padre. Al terminar su acto las luces se apagaban y Tamara desaparecía detrás de las negras cortinas dejando a los espectadores complacidos en una marea de aplausos y silbidos que la hacían sentir como la estrella más deslumbrante del espectáculo circense.

Se contaba que hace no mucho antes de empezar la pandemia cuando Tamara empezó en la ciudad de Guayaquil fue tan nombrado su número entre las gentes de toda la ciudad que reunió a lo más selecto de su gente; inclusive acudieron a verla algunas autoridades locales. Para ella era como una consagración en su carrera circense. Esa noche toda la gente de Guayaquil, llenó la carpa para admirarla y complacerla en aplausos y elogios; pues Tamara se había convertido en toda una celebridad del espectáculo circense mundial.

Al anunciar la siguiente actuación reaparecía Tamara acompañada de Alex, un muchacho espigado y hermoso con él Tamara mantenía un romance cálido y apasionado desde hace unos pocos años atrás. Tamara había encontrado al amor de su vida, la pareja era la mimada del jefe de la familia; ellos constituirían la cuarta generación de los Fuentes-Gasca.

Alex y Tamara, se habían conocido cuando el circo había viajado a México. Alex apenas cumplía dieciocho años. Él como tantos otros habitantes del circo pidió asilo al dueño de éste encontrando trabajo tensando las cuerdas que levantaban la monumental carpa; con el tiempo, y dada su agudeza y profunda observación muy pronto se convirtió en el cátcher de los trapecistas pasando de utilizar sus brazos tensando la carpa a sostenerles los trapecistas que realizaban sus maniobras en el aire.

Su rutina era una de las maravillas circenses. Un circo sin trapecistas, no es un circo se decía para sí mismo cuando desplegaba su vuelo magistral por los aires desde la plataforma hacia la parte más alta de la carpa.

El nuevo espectáculo de Tamara y Alex consistía en bailar acompasadamente tomándose de las manos y dando giros lentos y armoniosos en derredor de la pista acolchonada del circo. Luego desde el

piso se iban elevando grácilmente cual dos aves ligeras a través de la atmósfera difuminada que iba cambiando de colores hasta hacerse suspender en el aire por unos gruesos cabos de lona.

La pareja se alzaba espléndida en sus trajes blancos, él mantenía un traje de color blanco de mangas cortas y ceñidas. Los flacos de su camiseta estaban bordados en hilos de oro que le permitía la libertad de sus movimientos y sus músculos tonificados debido a la destreza del ejercicio.

Tamara por su parte, llevaba un traje de dos piezas que empezaba en un discreto cordón que bajaba desde su cuello hasta la altura de su ombligo donde se convertía en una especie de pechera ovalada, el traje esplendido bordado en perlas blancas y doradas que formaban una obra de artesanía mexicana, terminaba en su cabeza un penacho del mismo color adornado por blancas plumas cortas que destacan a un rostro fino y agradable; siempre se veía feliz y sonriente durante el tiempo que duraba su rutina todo el conjunto estaba tapizado en perlas perfectamente dispuestas en sus dos piezas.

En cambio Sofía que temía algo a las alturas se había mantenido diariamente ejercitándose suspendida en una mesa redonda de cristal resistente apoyada desde el suelo por una patas cromadas bastantes largas y firmes; frente a ella le esperaba a no muy corta distancia un blanco al que debía acertarle. Un globo blanco para que el público lo notara mejor.

Su rutina consistía en contorsionarse hábilmente, primero parándose de manos mientras en su pierna derecha ya distendida sostenía el arco y con sus pies suspendidos en el aire tensaba con total maestría arco y flecha. Luego de mantener el ejercicio vivo todos los días había logrado no sin muchos esfuerzos sujetar el arco que era grande y tenso con su pie derecho en tanto que el izquierdo tensaba la cuerda y flecha.

La consentida del público empezaba a ser Sofía mientras que Tamara inconforme mantenía la posición de que su rutina sensual sobrepasaba todo el esfuerzo que podría hacer Sofía con su arco y flechas.

Tamara aseguraba ser la favorita de su público y mantener el interés vivo de la empresa circense.

Los días críticos para el circo y el mundo entero se iban disipando poco a poco.

Los muertos en las calzadas de la ciudad habían desaparecido aunque fue mayor la confusión cuando los parientes de los fallecidos no lograba encontrar a sus seres queridos para darles cristiana sepultura. Después de dos largos años el mundo de la ciencia había logrado controlar en parte la pandemia. Al fin las autoridades dieron luz verde a los espectáculos públicos.

Los artistas estaban a la expectativa de encontrarse con ese público que los admiraba. Pero para Sofía parecía no haber redención, quien había mantenido las esperanzas de que Alex algún momento se fijara en ella. Poco a poco iba creciendo una distancia helada entre bella Sofía y la sensual Tamara.

Era un lunes de letargo y ocio al interior del circo en cada una de las carpas destinadas a los artistas se podía advertir un ambiente de distensión.

Un grupo de amigos charlaban amigablemente entre largos sorbos de café pasado; entre ellos estaba Sofía, los amigos se confesaban de las suertes que les tocaba vivir día por día; posiblemente dentro de la gran familia del circo había mucha tela que cortar cada uno se quejaba de injusticias e iniquidades.

Uno a uno se empeñaba en ser los mejores y continuar dándole vida y alegría al circo. Sofía desentonaba un poco en las conversaciones, retraída en sus pensamientos más íntimos, sin alcanzar a aceptar por qué ella no era la preferida de Alex si se consideraba tan bella y exuberante como Tamara y aún más lista que su rival.

— Sofía.

Le interrumpió en sus retraimientos el hombre que metía su cuerpo entero en una estrecha esfera transparente, luego de rodar unos pocos minutos con la esfera sellada el contorsionista salía caminando encogido cual un pigmeo produciendo las algarabías del público y las risas estridentes de los niños.

— Qué quieres,—le respondió Sofía a secas—

— Porque traes esa cara amiga, te noto cada vez más distante,

en este mundo no puedes perder tu tiempo en contemplaciones que no convienen a tu tranquilidad. Tú naciste para ser feliz amiga.

— Y Tú qué sabes de felicidad,—le increpó sin atribuir ningún crédito al consejo recibido— Si andas encogido todo el tiempo haciendo reír a la gente ese es todo tu mundo. ¿Así eres feliz; a eso llamas felicidad?

Yo tengo preparado un camino para mi distinto al tuyo. No voy a morir en esta porquería de circo. Al menos sé lo que quiero. Y salió a tomar aire fuera de la carpa con un cigarrillo en la mano.

Se dirigía sin dirección aparente pasó por el tráiler donde se apilaban los baúles con la vestimenta que cargaban en sus viajes; más adelante estaba un remolque con las luces encendidas, miró a través del ventanuco y vio a Tamara en brazos de Alex espléndida y radiante.

Se dijo para sí misma que: "No todo es lo que parece" y que ese noviazgo tiene los días contados, luego continuó su marcha airosa de regreso a su carpa.

Entre tanto, el dueño del circo que había logrado el permiso otorgado por el alcalde de la ciudad para reabrir el circo estaba supremamente feliz. Llamó a todos los muchachos, ese mismo día les anunció que se prepararan para el fin de semana próximo; ahora todo era cuestión de unos dos días de publicidad en las calles de la ciudad, unos cuantos volantes y todos a trabajar.

Era un sábado por la noche cuando el circo reabrió las puertas de su carpa, los ciudadanos reunidos en familias enteras acudían al circo, no hacía falta el aforo limitado porque apenas era el primer día de apertura y la asistencia era poca. Sin embargo se tomaba en cuenta estrictas medidas de bioseguridad.

Al interior de la carpa hubo una euforia total, los presentadores se esmeraron en estimular a su público agradecidos por el hecho de seguir todos con vida. También agradecían a la ciudad por ser la primera en dar el consentimiento a esta reapertura en el mágico mundo del circo.

Mientras algunos payasos estaban interactuando con el público en los graderíos realizando trucos y gastando bromas ridículas a los niños y sus padres. La hermosa Tamara revisaba los detalles de su traje para verse radiante en su número en la de su argolla suspendida por los aires coloreados de la carpa dejándose ver espectacular y radiante como siempre.

Mientras tanto, el enano se mantenía expectante de lo que estaba ocurriendo entre Alex y Sofía al momento que estos dos estaban intercambiando algunas palabras a un lado de la pista; aparentemente todo parecía normal, sin embargo pudo notar que los dos entraron al mismo tiempo detrás de las bambalinas, hacia el privado de la carpa.

El próximo número era de Sofía con su arco y flechas, pero antes Tamara debía bajar de su argolla para realizar el baile sensual de la pareja en los cabos de lona.

El enano no perdió tiempo en seguirles discretament, logró ver que Sofía entró en su espacio y Alex se alejó unos metros al suyo. Al salir Sofía preparada y espléndida se encontró con Alex en el pasillo; la chica le tomó por el hombro con delicadeza y le pidió que le trajera su arco y flechas, su número era el siguiente después de Tamara y Alex. El enano no perdía de vista a la pareja, así lo había prometido a Tamara su patrona. Cuando salió Alex con el arco y flechas en sus manos, al enano se le iluminó el rostro sin perder de vista los movimientos de los dos jóvenes artistas, mucho cuidado le puso a los detalles y la forma cómo Alex manipulaba el arco y las flechas mientras charlaba con Sofía.

— Cada vez lo haces mejor, nunca fallas Sofía.
— Siempre te gustó mi número, hasta me ayudaste siempre a calibrar bien mi arco, me fui perfeccionando poco a poco con tu ayuda, mi número es tu creación. Me impulsaste para que tenga éxito en este acto y lo he logrado una puntería total. —En este momento hizo una pausa y le miró fijamente a los ojos perturbados de Alex—. Pero en los globos... “más no he logrado flechar tu corazón Alex”. Se lo

soltó así de una vez mientras sus claros ojos negros empezaron a anegarse en lágrimas.

— Sofía, siempre supiste mi preferencia por Tamara, nunca te mentí, me enamoré y con los años se convirtió en un compromiso que no puedo eludir. Entre Tamara su padre y yo existe un pacto familiar, y tú lo sabes Sofía.

— No hay pacto que no se rompa Alex, en el mundo del circo todo, absolutamente todo es frágil cualquier momento tu amor acabará por terminar como se termina un acto de circo.

— ¿Por qué hablas así como si tuvieras algo que ver entre Tamara y yo?

— Las cosas puedes cambiar de la noche a la mañana lo que hoy sientes puede ser solo conformismo o conveniencia.

Ya no le quedaba tiempo a Alex para seguir interpretando las palabras de Sofía ya Tamara bajaba de su argolla para comenzar a danzar en la mitad de escenario lleno de luces y colores.

Luego con un ademán Sofía le invitó a salir al escenario asegurándose de que Alex le trajera sus instrumentos al menos, podía lograr provocarle celos a Tamara que se estaba desprendiendo de la argolla y vio como Alex colocaba los instrumentos de Sofía sobre la base cristal donde empezaría la actuación de la artista.

Tamara también no se perdió los detalles con que Alex manipulaba el arma con que Sofía hacia uno de los mejores espectáculos de la noche. Era tan precisa que jamás fallaba cuando su arco estaba perfectamente tensado, las alargadas flechas; engastadas en filosofas puntas metálicas terminaban justo en el centro de los tres blancos globos, era el momento en que el público aplaudía de pie la certera puntería de Sofía.

Al terminar su actuación la pareja se posó en el centro de la carpa. Tamara llevaba su mano izquierda reposada en su cintura, mientras que su derecha estaba levantada en posición de júbilo saludando a la concurrencia. Alex la llevaba rodeándola por su cintura también levantando su derecha y despidiéndose de su público.

Las negras y pesadas cortinas se cerraron por un momento. Cuando un faro de luz blanca apuntó sobre el negro velo, apareció el dueño de la carpa, era un hombre avanzado en edad llevaba un chaleco de lentejuelas, una camisa roja y un pantalón blanco; se dirigió al público haciendo la presentación, Sofía solamente describió el número y se retiró del centro de la pista, dando paso a Sofía que avanzaba en medio de un silencio consumido por la expectativa de los espectadores, con pasos reposados caminaba e iba subiendo a la elevada mesa de cristal con suma facilidad, se mantuvo de pie por unos instantes, se notaba que tomaba respiración, la realización de su acto necesitaba de una concentración total. A un lado de la mesa próxima se encontraban tres personas: El padre de Tamara, Alex y su novia ellos esperaban siempre la culminación del acto porque los cuatro terminaban de despedir a los asistentes ya que era el acto final de la velada. Luego tras de ellos reaparecían todo el elenco: Payasos contorsionistas, trapecistas, malabaristas y producción.

Sofía logró con facilidad la postura que necesitaba para tensar su arco. Se mantenía parada de manos un largo rato, luego provocó la difícil postura que necesitaba para sostener el arco y la flecha con sus pies. También al pie de la mesa de cristal el enano le asistía poniéndoles al alcance las flechas que necesitaba la artista. Por unos segundos hubo un redoble de tambores en bajo volumen, Sofía imprimió la fuerza indicada para superar la distancia al blanco. Alex se sentía orgulloso de su creación, se daba cuenta cómo las espigadas piernas de Sofía habían adquirido una hermosura envidiable. Estaba esa noche tan cerca de Sofía que podía mirar los gestos de concentración en el rostro de la mujer que hace un rato le había dicho que el amor en el circo resulta tan frágil como un acto circense. Entonces Sofía tensionó la segunda flecha, la primera había dado en el blanco como se esperaba.

Tamara miraba a Sofía y a Alex al mismo tiempo tratando de descifrar aquel enigmático ambiente que se cernía entre el acto de su rival y Alex, atento tan atento a sus movimientos.

Sofía tensó el arco con una fuerza inusual quería pegarle al blanco con resolución y terminar su acto allí mismo, cuando lo hizo, se escu-

chó un chasquido crujiente en la textura del arco de madera. Sofía se vio obligada a soltar la flecha que tomó una dirección distinta al globo y fue a clavarse con tal siniestra puntería en la garganta de Alex; tan profusamente la sangre borboritaba desde el interior de sus venas yugulares que al rato se produjo una cocha de sangre junto al cuerpo exámine del joven artista. Alex moría lentamente en medio de la confusión de artistas y espectadores.

Tamara lanzó un grito desesperado.

Sofía saltó de la mesa de cristal manteniendo su rostro velado por sus manos reclinada en el suelo.

El enano horrorizado salió corriendo a esconderse y huir para siempre del circo, nunca más se supo del paradero del enano en los postreros años donde se anunciaba desde cualquier rincón del mundo la mágica noche en la carpa del circo de los hermanos Fuentes-Gasca.

La lluvia y el Colibrí

Un hombre de aspecto montarás y rostro curtido por el implacable sol del trópico, avanza en su caballo pintado por la calle larga y polvorienta hacia la casa del árbol donde construyó su casa.

Del lado izquierdo de su cabalgadura, el hombre cuelga un látigo enrollado con el cual infunde respeto frente a los trabajadores de la plantación de Palma Africana donde es el capataz. Paso obligado es la calle larga que sirve de demarcación entre el este y el oeste a cuyos lados empezó a construirse Villa Rica.

Fulgencio, el capataz, nacido de una negra de enormes proporciones se quedó a trabajar en las propiedades de Don. Emilio Bendecido, padre de la dulce Aurora Concepción, única hija de un matrimonio cuya fatalidad tocó las puertas de su casa cuando le anunciaron la muerte de Dña. Clara, madre de la recién nacida Aurora cuando esta noble mujer se contagió accidentalmente de la mortal viruela al tratar de aliviar a los negros enfermos en una de las cuadras destinadas para vivienda de los trabajadores de Palma Africana que se producía otorgando jugosos réditos económicos en las tierras del patrón.

Villa Rica es una pequeña isla que se extiende con el aspecto de una leona dormida por encima del acantilado; espectacular mirador donde los isleños se sienten extasiados al descansar en la contemplación de un apacible mar azul turquesa que rodea la isla.

En algún momento Villa Rica fue una fortificación antillana frente a la costa atlántica fundada por los españoles justo en la cima de los acantilados que por muchos años les protegió como muralla natural contra los piratas y bucaneros que trataron de saquearla durante la colonia, sin lograrlo jamás.

La apacible villa con sus apenas 6.000 habitantes en su conjunto se ve hermosa construida de grandes casas blancas de madera y amplios balcones donde penden hermosos tiestos de flores a través de la calle larga pintando de colores y alegría a su avenida principal. Los lugareños se esmeran con finísima dedicación a ornamentar los bal-

cones y pasamanos de sus casas como una forma de darles la bienvenida a los viajeros que visitan el lugar.

Cierta mañana, el padre de la dulce Aurora Concepción, se levantó con la urgencia de charlar con su hija que a pesar de sus quince años se había convertido en un soporte emocional a la misma que le hacía confesiones y hasta le confiaba todas sus preocupaciones día por día; en el pasillo de ida al comedor, se encontró con el negrito Jonás, quien apenas contaba con diez años menor que Aurora con cinco años el mismo que había nacido con unos bellos ojos grises que llamaban la atención de los isleños en Villa Rica, era hijo del talabartero de la isla, al menos lo conocían con ese origen. Jonás paseaba siempre por toda la isla y no era extraño a los ojos del patrón de la finca ya que el negrito Jonás era el amigo predilecto de su hija.

En cuanto Dn. Emilio Bendecido vio a Jonás acercarse; le dijo de este talante:

— Jonás, busca a Dominica, dile que vaya a despertar a la niña, quiero que desayune conmigo, debo hablarle y es urgente.
— Si patrón, enseguida, y salió Jonás tras la orden tocando la puerta de Aurora que parecía dormir plácidamente sin preocupación alguna. Para sorpresa de Jonás, Dulce Aurora estaba despierta y despabilada en una mano sostenía el peine que alargaba con ritmo acompasado su delicado cabello color miel.
— Jonás, dile a mi padre que voy enseguida.
— Sí, niña Aurora.

Sentáronse los dos, padre e hija a desayunar. Aurora, de carita soñadora en cuyo pálido rostro se destacaba el color del marfil de su madre, un tanto sonrosado en sus mejillas; ostentaba unos ojos vivaces y sonrisa perfecta, sus pestañas negras y afiladas, le permiten destacar la luminosidad de sus ojos verdes claros. Aurora era de poco hablar; muchas veces lo hacía con señas o dirigía su mirada en lo que

quería depositar su atención y así era comprendido sus deseos. Cuando Aurora hablaba era para dedicar toda su atención a su colección de muñecas de papel. Las tenía por miles en una colección donde las iba guardando en secciones; les hablaba por horas y horas, luego las vestía primorosamente durante días enteros.

Aurora apenas entró al comedor encontró a su padre preocupado por los sueños que la noche anterior había causado su desvelo.

— Quiero contarte lo que soñé anoche princesa, mejor dicho, he de decirte que no recuerdo exactamente lo que sucedió ayer en la noche mientras dormía. Siéntate y escúchame.
— Dime padre.
— Fue muy raro Aurora; tú sabes que estamos listos para hacer el embarque de las Semillas de Palma, todo está recogido y los camiones están listos para llevarlos al embarcadero directo a la planta.
— Si padre lo sé. Aurora le respondió con la mirada fija atendiendo a la evidente preocupación de su padre.
— Pues fíjate Aurora que soñé que a toda la plantación le había pegado una plaga desconocida, yo estaba caminando solo y hacia los costados del sendero podía ver que a las palmas tenían un aspecto desagradable, casi tétrico; podía ver que todo el sembrío de palmas estaban encorvadas y en lugar de las semillas colgaban unos gusanos de aspecto desagradable que se multiplicaban por cientos; por lo que aterrorizado traté de salir del sendero; al hacerlo, me encontraba en medio de unas bodegas en las cuales habían muchas puertas una a una iba accediendo a ellas. Cada una de las bodegas presentaban las mismas imágenes de las palmas encorvadas. Tal cuadro me helaba por lo que trataba de salir de allí y cuando lo lograba, me encontraba con otra puerta a la que la atacaba con fuerza para poder abrirla; entonces accedía y al ingresar era la misma bodega anterior con las palmas encorvadas llenas de gusanos. Sin en-

contrar el camino de salida a casa, mientras pensaba en el cargamento que tenía listo para llevar al embarcadero. Entonces me apresuré e hice lo posible para salir de allí sin lograrlo, todo intento me llevaba al mismo escenario.

Por un momento respiré aliviado porque logré salir a un claro de luz en un camino larguísimo ahora el sueño me llevaba trepado en el carromato fustigando a las acémilas con rigor de un desesperado, pues no quería perder el envío por lo menos, lo que habíamos cosechado al momento y, cuando pensé que había llegado, este no existía me encontré con una soledad absoluta. No encontré a nadie en el embarcadero, no estaban las barcazas en su sitio; no había ni una sola. Tampoco pude ver rastros de gente en los alrededores.

Luego miré hacia el otro lado de la orilla donde queda la planta y esta estaba corroída como si hubiera sido abandonada hace muchos años. Solo pude ver hierros retorcidos que no pertenecían a la planta mientras una atmósfera gris velaba mis ojos; ya no se podía ver ni el agua del estero. Fue cuando regresé a mirar al carromato, mis dos grandes caballos permanecían agachados en medio de la bruma; su aspecto era enfermizo y en sus ojos macilentos podía verse la desesperación por esconderse de algo desconocido para mí que les perturbaba. De sus caderas escurridizas podía escucharse el chasquido de sus flacos huesos. Junto a los caballos pude distinguir a mi capataz que permanecía de pie como una estatua de sal pero sin rostro y en las aguas del estero flotaban las semillas agusanadas todas ellas tenían la forma de rostros humanos difícil de distinguirlos unos de otros. Se trataba de gentes que yo jamás había conocido y flotaban corriente abajo.

La dulce Aurora escuchaba a su padre con la paciencia de quien a lo mejor conoce el desenlace de sus sueños, sin que él pueda notarlo.

Aurora miró a su padre denotando un dejo de tristeza en su mirada como una manifestación de su adolorido corazón.

— Padre,—le dijo su hija en forma pausada y solemne— : “La tierra está agotada, pide descansar”.

— Hija, mi bella Aurora, princesa de mis amores. Le acercó a su frente y le besó con ternura y en su rostro preocupado se dibujó una sonrisa de satisfacción al saberla junto a él como su más preciada compañía; sin embargo, agregó: Princesa este no es un buen lugar para ti, estoy haciendo preparativos para que te reciba tu tía Anastasia en Europa, estudiarás en París en una destacada Universidad. Tratando de encontrar la reacción apropiada de parte de su hija, ante tal propuesta su padre continuó:

Sabes que Anastasia, tu tía, te ama como tu verdadera madre; le dará mucha alegría saber esta noticia. Aurora interrumpió las emociones de su padre y le detuvo convencida de sí misma.

— No padre, yo no iré a Europa a estudiar, mi lugar está aquí en esta casa contigo. Lo dijo así enteramente decidida como alguien que está plenamente convencida de su lugar en este mundo.

En ese momento entró Jonás, el negrito de ojos grises, y se quedó mirando a los dos personajes inocentemente como quien estaba preparado para escuchar una conversación común entre padre hija.

— Ya cambiarás de opinión Aurora, este no es un lugar para ti.
— Padre yo amo esta tierra y te amo a ti por sobre todas las cosas de este mundo.
— Mi bella Aurora, eres mi luz, le dijo depositando un delicado beso en su frente.

Esa tarde empezó a llover fuerte por lo que los dependientes de Villa Rica cerraron temprano sus comercios y regresaron a sus casas. Don Emilio Bendecido se dirigió a la plantación a echar un vistazo y todo estaba en aparente normalidad. Aurora empezó esa tarde a jugar con sus muñecas de papel, tenía la manía de irlas pegando por todas las ins-

talaciones de la finca; algunas las pegaba en los establos, otras en las bodegas, otras tantas aparecían adheridas en los postigos de las puertas de los trabajadores. Menos en la casa grande.

El capataz que acudió a un llamado de su patrón pudo mirar tantas muñecas dispersas por toda la casa y se extrañó de que ahora estas muñecas tenían formas no antes vistas por él. Algunas de ellas mantenían actitudes tristes parecían consolarse unas a otras, se tomaban de las manos mirándose con extrañeza. Otras tenían en sus manos objetos desconocidos como frascos y pañuelos y otros instrumentos poco usuales. Las nuevas muñecas no tenían rostro aparentemente solo se distinguían sus ojos.

Al día siguiente siguió lloviendo y cada vez que llovía una densa niebla bajaba hasta la villa envolviendo todo, desde los sembríos de palma hasta las calles y avenidas de Villa Rica; entonces los moradores de la isla sin razón aparente y por voluntad propia regresaban a sus casas donde empezaban a dormir aparentemente a gusto y a soñar sueños que no recordaban porque solamente podían recordar el sueño anterior dentro del sueño mismo, al día siguiente lo olvidaban todo. Así sucedió por siete años. Al despuntar la aurora los habitantes de Villa Rica despertaban entumecidos y abrían sus comercios a horas señaladas porque sabían que después de la lluvia, la neblina estaba pronta a cubrirles la villa entera; la sensación era la misma; cada vez que llovía se encerraban en sus casas y al día siguiente la familia podía darse cuenta que por lo menos uno de sus miembros no lograba despertarse jamás; entonces deduciendo que había muerto, se hacían los preparativos para su entierro. Al principio no sabían qué hacer con sus muertos, hasta que la autoridad decidió que cada familia hiciera lo posible por darles cristiana sepultura como mejor les convenga.

En la casa de Aurora, esta vez el agua bajaba tan fuerte que había tapado los caños y las alcantarillas de la villa entera, parecía como si las ánimas benditas estuvieran trayendo las lluvias de forma inmisericorde.

— No papá, le dijo Aurora, no son las ánimas que hacen llover, es la tierra que está resentida desde que talaron los campos para sembrar la palma.

Si esto sigue así Aurora, pronto todos moriremos de hambre en Villa Rica.

Con el paso del tiempo y luego de que la niebla había haber minado gran parte de la población costera de la isla, las lluvias se hicieron menos intensas, entonces los ciudadanos podían permanecer más tiempo en sus labores del campo y habrían sus comercios, pero la gente igual moría en sus casas después de encerrarse mientras la niebla no permitía a nadie fuera de casa.

La casa del árbol del capataz estaba a punto de irse abajo porque las lluvias habían socavado las raíces del árbol que la sostenía por lo que este decidió irse a vivir al rancho de su patrón, cuando iba atravesando la gran avenida ahora humedecida por las lluvias, el capataz se desplomó de su caballo sobre la tierra mojada; cuando los curiosos fueron a auxiliarle, el hombre ya estaba muerto.

En la casa de hacienda mientras Aurora, preparaba a una de sus muñecas que vestía de enfermera para pegarle en el refrigerador, empezó a llover entonces la niebla entró por la ventana, y Aurora soltó su muñeca y cayó dormida, el negrito Jonás que estaba acompañándola, la tomó entre sus brazos y en silencio la llevó a su estancia.

Al enterarse su padre, este lloró amargamente al ver a su hija inerme dormida por causa de la niebla. Entonces el negrito Jonás, con una leve sonrisa en sus labios le consoló diciéndole:

— Don Emilio, la niña despertará, solo está dormida.

El padre de Aurora que era un hombre viejo cayó en una depresión por el impacto causado a sus tierras y al abandono de su adorada hija, su única razón de vida y al poco tiempo murió víctima de la niebla que iba matando a los pobladores de Villa Rica.

Cierta mañana de abril cuando habían transcurridos siete años en que los acantilados de Villa Rica estaban sumidos en un letargo inexplicable, cuando sus ciudadanos los pocos que quedaba eran como la mitad de la población que había perecido, el negrito entró a la habitación de Aurora, la tomó de la mano, ella despertó y juntos son-

rieron; los dos salieron hacia la cumbre de los acantilados, allí ante unos pocos arbustos tiernos, una hermosa rosa blanca como la mañana que despuntaba limpia y sonrosada detuvo la marcha de los amigos inseparables.

El zumbido vibrante del aleteo de un Colibrí negro posó su pico en la bella flor de frente al sol que con sus rayos bañaba el frágil aleteo del ave ahora transformada en un bello destello de colores que iluminaba el rostro de los niños.

Al bajar a la villa, los ciudadanos se arremolinaron en derredor de los niños, las palmeras había recuperado su altura, los caminos se llenaron de luz y las flores en sus macetas florecieron. A los balcones salían la gente a sonreír y saludarse unos con otros, la tierra había descansado y el hombre lo sabía.

Las muñecas pegadas en la casa sonreían y jugaban unas con otras.

Aurora preparaba su mochila para irse a estudiar a París como estaba previsto.

La niebla ahora era solo un mal recuerdo.

Entre dos aguas

Los tres años en el convento habían hecho de Ángela una joven fuerte y aún más hermosa, ya no sería jamás, aquella muchachita insípida y delicada de catorce años, a la misma que su padre, el barón le hablaba como a una dulce niña de su predilección.

Su padre había decidido internarla en el convento a fin de proporcionarle la educación propia de una descendiente de la nobleza como ella se merecía.

El barón de Reims no era precisamente un hombre rico, apenas mantenía un patrimonio en tierras improductivas y debía muchos florines a sus acreedores, pero hizo el esfuerzo de pagar por un tiempo a la madre regente del convento a fin de que hicieran de Angélica una dama de fina educación. Al tiempo Angélica estaba convertida en una señorita de merecer. Estaba lista para ser presentada a lo más selecto de la nobleza francesa.

Ángela que había heredado de su madre la suspicacia e inteligencia con que controlaba el cuidado de la familia con aciertos y esmero, había fallecido al contagiarse con unos labradores enfermos de tifus. El virus mortal le quitó la vida, cuando aún sus hijos estaban tiernos. Ángela nada más cursaba los diez años.

Ángela aceptó de buena gana, las pretensiones del barón como imaginando las intenciones de su padre, a la final era una costumbre que los padres buscaran a sus hijas, caballeros nobles para que las desposaran.

Al cabo de unos tres años Ángela se había convertido en una mujercita encantadora y de finos modales, sabía hablar con precisión y caminar con soltura con el glamour propio de una cortesana. En la mesa, se distinguía porque sabía manejar con delicada destreza las normas de etiqueta en las ocasiones en que su padre le había llevado al convite que la haría uno de sus hermanos a fin de presentarle a la joven a la sociedad de la época.

Su fina sensibilidad era una manifestación de su carácter, le atraía la música que escuchaba entre las paredes del convento, sus recuerdos le transportaban hacia aquel día en que asistió a la boda de uno

de los campesinos y conoció a un muchacho que arrancaba a su guitarra armonías alegres en aquel verano cuando todos los asistentes bailaban tomados de las manos.

Ángela estaba lista a enfrentar las condiciones de una nueva vida, sin embargo, las circunstancias en el castillo arruinado de su padre seguían siendo desalentadoras.

Cierto día, el barón padre de Ángela, llamó a su hija al salón donde la esperaba con un aspecto de severidad y preocupación; allí, los dos mantuvieron una larga conversación.

Miró a su hija con asombro, pues Ángela había cambiado desde la última vez en que la dejó al cuidado de las monjas del convento, ya no era más la niña sumisa que asentía a las disposiciones del barón, su padre.

— Mira mi bello ángel, quiero que me prestes atención a lo que voy a decirte. Estas convertida en una bella señorita —al tiempo que la sonreía con amabilidad delicada, luego continuó, mi interés es que tú seas enteramente feliz, y por ello, he decidido que conozcas a un gentil hombre con quien he preparado una cita en el castillo de tu tío, allí lo conocerás, él es quien pretende tu mano y yo se la he prometido.

Ángela, que comprendía de antemano las intenciones de su padre, sabía que este momento llegaría. El conde quería invertir en las propiedades del barón, padre de Ángela.

Su padre vio en sus ojos, la madurez y valentía de una mujer decidida, su hija le escuchó con atención luego asintió con la cabeza diciéndole:

— ¿Cuándo conoceré a ese hombre que tú me propones padre?

Mañana, quiero que viajes al castillo de tu tío, él te informará acerca de lo que necesites saber de él y las disposiciones para la boda.

— Está bien padre, diciendo esto, se alejó del salón en dirección a sus habitaciones cargando en su corazón una profunda perturbación.
— "Y si ese tal conde no despierta en mi ninguna emoción o sentimiento que sobrecoja mi alma. ¿Y si acaso no encuentro algún atractivo por su presencia?

Al siguiente día Ángela estaba en el patio exterior del castillo viejo de su padre.

Un mozo de cuadra lo esperaba, tenía tomado por las bridas un caballo para que Ángela lo montase; luego él se dirigió a su mulo para acompañarla.

Inmediatamente, Ángela tomó la delantera por el camino ya conocido, sin inmutarse de la presencia del joven paje quien era nada más que el compañero de sus correrías por los bosquecillos y jardines cercanos al palacio en épocas de juegos cuando los dos eran unos niños divertidos y cómplices de aventuras.

Llegando al salón donde su tío la esperaba, este le recibió con absoluta complacencia.

— Estas preciosa Ángela, quien diría que la jovencita que un día se rebeló contra un noble caballero que quiso ser tu pareja de baile en "La farándula" aquí mismo, estés ahora convertida en una bella señorita de exuberante belleza y finos ademanes.
— Gracias tío, confieso que no recuerdo aquel incidente del que tú me hablas, pero, en fin, estoy aquí para que me pongas al tanto del pretendiente que mi padre ha escogido como mi futuro esposo.

Pasaron algunos minutos cuando hizo su aparición el conde, un hombre maduro de tez bronceada y aspecto varonil, notábase el paso de los años de aquel hombre en cuyas manos alargadas se podía notar que sus únicas faenas serían tal vez leer un libro o alargar sus manos simplemente para dar instrucciones a sus vasallos.

— Un placer Ángela, se ve usted encantadora, me doy cuenta que lo que me ha advertido su padre acerca de usted, no hacen justicia a su delicado encanto, —luego de hacerle una pronunciada reverencia, continuó— Veo que ya no eres la tierna jovencita a quien conocí un día en aquella boda en donde no aceptaste mi invitación a danzar en "La farándula".
— Oh!, conde cuanto lo siento haber sido yo la causante de su desilusión.
— No está demás pedirle Ángela que olvidemos una bobería así, le decía mientras le sonreía luciendo un aspecto de hombre mundano y codicioso, ahora permítame presentarme con lo único que me apasiona.
Voy a hacer una bella melodía para usted.

Recostada en una esquina sobre un lustroso mueble de terciopelo, una guitarra permanecía como adormecida u olvidada al paso del tiempo. Ángela advirtió su presencia y esperó inquieta.

El conde se acercó a la guitarra y la tomó como acariciando el fino talle de Ángela, la mujer a quien pretendía enamorarla. La guitarra enamorada en las manos del conde elevaba armoniosos arpegios naturales imitando el correr de las aguas de las fuentes cantarinas camino de las alamedas cercanas al castillo de Angélica.

Las cuerdas de la guitarra se juntaban a los dedos ágiles de su dueño quien las impulsaba a su antojo sacándolas al aire bellos conciertos que elevaban las emociones de Ángela y la hacían sucumbir deseando ser acariciada por aquel hombre de piel bronceada de manos finas y alargadas.

La guitarra en las manos del conde se mecía satisfecha asida a su pecho aristocrático recobrando la juventud olvidada en el rincón de esa esquina. La música a veces grave y de tonalidades altísimas llegaban hasta las cumbres del techo abovedado del salón bellamente decorado sobrecogía a la joven. En otros instantes la melodía se tornaba apacible y de dulces acordes prolongados. Ángela se arrullaba conforme los ritmos invadían el camino de su sangre corriendo entre su piel tersa y sus huesos abrazados por un calorcito que le satisfacía.

La mujer a ratos se veía transportada a los momentos de recogimiento entre las murallas del convento del cual ya no se sentía presa. Y en otros al deseo de ser tocada por aquellas manos del artista que a su antojo podía hacerla vibrar despertando la voluptuosidad escondida entre los pliegues de su íntima lencería en seda.

Ángela se sentía envuelta en un torbellino de notas y arpegios jamás escuchados por ella. Esta melodía que en cada acorde tomaba cuerpo y tesitura estaba destinada a enamorar a aquella virgen mujer que permanecía de frente al conde que se empeñaba con su arte en robar el corazón de su futura condesa.

Ángela volvía a descansar y soñar al compás de la intensidad de las cuerdas que vibraban con delicada pasión apoderándose de su corazón.

El conde se puso de pie y depositó la guitarra en el mueble de terciopelo, luego dirigió una mirada penetrante en una mujer rendida de corazón y voluntad a quien saludó con dedicada cortesía.

Ángela, se sentía poseída de un magnetismo hacía aquel hombre a la par que seducida por haber sido tocada en lo más profundo de sus fibras íntimas, se incorporó batiendo sus manos como dos alas de palomas blancas.

— Es una bella melodía, conde., ¿Cuál es su nombre?
— "Entre dos aguas". Contestó cortésmente halagado aquel que llevaba la guitarra asida a su pecho como el amante que protege a su dama.

Ángela encontró el momento propicio para halagar al conde. Le miró de forma seductora y sus palabras eran llevadas hacia los oídos del conde de forma delicada igual que los trinos de las aves cuando revolotean en las arboledas del viejo castillo de su padre, el barón de Reims.

— Conde he disfrutado de la tonalidad de sus delicados arpegios como de su agradable compañía, no dudo que entre usted y yo encontremos el momento propicio para no volver a desilusionarle por segunda vez —y diciendo esto—

alargó su mano para ser besada por los labios carnosos y morenos de aquel enigmático caballero que hacía vibrar a la guitarra como ahora lo estaba haciendo con la sensibilidad de la hermosa Ángela.

Cuando el conde se incorporó, la bella Ángela pudo darse cuenta de que su pretendiente cojeaba ligeramente de lado izquierdo. El conde era rengo. Uno de sus lacayos le alcanzó un bastón engastado en un pomo de oro que le confirió solemnidad al conde trovador.

"Oh Dios mío", —ahogando un gemido en su pecho— a la mente de Ángela acudieron los recuerdos de su niñez, en medio de sus hermanas y su nana, a quien escucharon de niñas de aquel rengo que habitaba un castillo hermoso lleno de riquezas, donde se creía que tenía la habilidad de trasmutar los metales en oro. Este era un secreto celosamente guardado por este personaje en las regiones francesas de Aquitania.

De regreso a casa Ángela, desestimó sus temores, se sintió más tranquila a pesar de lo que había escuchado de labios de su nana, —se dijo para si— "es solamente una leyenda del pasado, el conde es realmente atractivo a pesar de su cojera, sería interesantísimo saber más de él ya que seguramente, será mi esposo".

Al siguiente día Ángela, esperaba noticias del su conde con algún emisario de su servicio, y sí que llegaron buenas nuevas porque a los patios exteriores de su castillo, llegaron dos carrozas llevadas por briosos corceles y afanosos lacayos que, rápidamente desmontaron de las carrozas pesados baúles repletos de ricas vestiduras, alhajas y adornos de tocador entre otros accesorios y finos maquillajes, además de regalos para las damas de compañía de Ángela.

Todos en el castillo del viejo barón de Reims —padre de Ángela—, se pusieron felices.

Pasaron algunos años, la felicidad de Ángela era envidiable, su fiesta de bodas fue un festival que llevó varios días entre danzas buena comida, vino para todos y la alegría se desbordaba en cada una de las aldeas cercanas al castillo del magnánimo conde esposo de mujer de la región más hermosa de Aquitania.

En cierta ocasión, Ángela pudo darse cuenta de que, en algunas ocasiones, el conde pasaba largas horas en una habitación retirada apostada en una de las alas posteriores del castillo. A esta habitación no tenía acceso la bella Ángela, esta habitación estaba siempre custodiada por un negro de enorme estatura, sirviente personal del conde de Aquitania.

Una noche en que los esposos después de cenar se retiraron a sus habitaciones, el conde se atribuyó un malestar en su pierna renga, por lo que tuvo que salir a tomar unos baños que su sirviente le preparaba a fin de relajarlo para su noche marital junto a su bella esposa.

Ángela parecía dormir plácidamente, pero en verdad, no logró conciliar su sueño. En la atmósfera pesada de la noche en medio de su habitación enormemente espaciosa se sintió algo mareada y en su letargo, le pareció mirar los ojos de fuego del conde junto a su sirviente negro quien le acompañaba.

Se despertó sobresaltada, se puso de pie y salió en busca de su esposo; al pasar por el ala exterior del castillo, pudo mirar un destello de luz que se percibía desde el interior de la habitación donde nunca se atrevió a entrar, se detuvo y empujó la puerta que estaba entreabierta.

Lo primero que miró fue una pared en alto relieve con escudo símbolo del conde; el mismo que la nana le describió cuando Ángela era una niña, su nana le narró a Ángela la escalofriante historia de un conde que practicaba sacrificios humanos con hermosas doncellas para su señor del más allá a cambio de concederle la trasmutación de los metales en oro; luego hizo memoria y se dio cuenta que este blasón, era el mismo que contenía al interior de la cajita roja donde reposaba el anillo de diamantes que el conde le regaló cuando pidió su mano.

Una doncella desnuda del color de las magnolias recogidas en primavera aterrada de dolor y sufrimiento yacía sobre una loza fría en contraste con el calor que se desprendía del crisol que avivaba los ojos de fuego del conde, su rostro mantenía un rictus de frenesí por el sacrificio humano que ofrecía a su señor, era su señor quien le permitía la trasmutación de los metales en oro finísimo y de cuantiosos

quilates. El negro sirviente era el mismo al que su nana le había hecho un relato terrorífico de su personalidad.

La bella Ángela sintió que en todo su cuerpo le recorría un frío helado que terminó por desvanecerla en la misma loza donde cayó junto a los pies de su amado esposo.

La ermita

Xiomara permanecía consternada, en poco tiempo se le había venido el mundo encima, sin familia ni trabajo apoyada tan solo por su novio Miguel, un joven astuto, al que se veía obligada a soportar a cambio de la escasa ayuda que este le brindaba.

Recogida en su cuartucho de un hotel, hace muy pocos días, lloró amargamente posada al pie de su cama, culpándose por el error que acababa de cometer; —"es un tiempo perdido"— le gritaba una voz interior difícil de esquivar.

Recordó el momento en que dejó de lado su casa por correr a los brazos de su amante, un bandido sin oficio que se las "apañaba" con algún dinero producto de sus hurtos sin sentencia. Xiomara lo ignoraba hasta ese momento.

"Debo salir de esta penosa situación"..., —se dijo—, por lo que se incorporó de su cama donde permanecía sentada con la mirada en el piso resolviendo abandonar su habitación.

Salió en dirección de una capilla; allí podía orar un poco y encontrar la fortaleza que tanto le hacía falta para dejar la dependencia de su fatídico amor.

Tomaba el aire fresco de la mañana a bocanadas largas y profundas; el aroma de las arboledas del cercano parque le hacía mucho bien, respiraba con todas sus fuerzas mientras se fortalecía con determinación.

Entró en la capilla en actitud de recogimiento, buscó en el ala lateral de la nave con el fin de no ser molestada en su oración. Allí, se posó de rodillas frente a la escultura de un Cristo adolorido por el rictus de su pasión.

Se dio cuenta cómo se fue perdiendo a sí misma, intentando escapar de las normas impuestas en casa. Ahora el ir y venir por las calles de la capital, sin objetivo ninguno le agobiaba. Tampoco alcanzaba a definir con claridad sus frustraciones.

Luego pensó:

¿"Qué hacer aquí"...?, si nada tiene solución,—volvió a cuestionarse— "No sé en qué momento me perdí"..., he equivocado mi rumbo, mis errores los estoy pagando caro. ¿Cómo salir de esta situación?

"Día a día me convierto en un náufrago sin redención". Xiomara, estaba realmente desesperada.

Su contemplación al Cristo dolorido fue interrumpida al ver cómo salía de una cámara de la iglesia apostada junto al retablo del altar mayor un sacerdote bastante joven y apuesto; vestía una sotana larga y gruesa de lino crudo ajustada a un cordón largo del mismo color.

El sacerdote miró a la joven mujer justo en el instante en que ella le lanzó una mirada suplicante y sobrecogedora. El padre leyó en el semblante apesadumbrado de la chica y pensó (...) "esta mujer parece indefensa, debe necesitar ayuda".

Fue acercándose hacia Xiomara con paso discreto al tiempo que le brindaba una sonrisa celestial. A Xiomara le parecía que esa sonrisa casi imperceptible del padre le trasmitía paz. La chica bajó instintivamente la mirada en señal de mansedumbre, pero enseguida entornó lo ojos hacia el sacerdote y le pronunció.

— Padre ayúdeme, necesito su consejo,—y continuó entre sollozos que cada vez fueron convirtiéndose en un llanto lastimero— En verdad no sé qué hacer —le dijo mientras le hacía un puesto junto a ella en la espaciosa banca de madera—. El sacerdote se sentó junto a la joven mientras se recogía la sotana para evitar pisotearla.

Entonces Xiomara, se quebró desconsoladamente; su llanto y su voz entrecortados encontraban eco entre las bóvedas altísimas de la iglesia, el padre le tranquilizó y escuchó su historia.

Xiomara era bastante joven y mantenía en su rostro una dulzura espontánea que le brotaba de sus apacibles ojos grises. Sus palabras revoloteaban suavemente en esa atmósfera de santos, justos y pecadores y retornaban a los oídos del padre envueltas en la dulzura con que la bella Xiomara las pronunciaba.

Ella era conocida en su pueblo natal como una muchacha serena y llena de felicidad. Xiomara era de una facilidad increíble para hacer amigos. Ellos se le acercaban fácilmente debido a sus actitudes sencillas y franqueza con la que los trataba. Ese rasgo en su personalidad la definía.

El padre de Xiomara era un artesano que en un principio se formó como ayudante de tallador en una de las tantas salas de arte de un pueblo cercano a la ciudad donde se dedicaban a trabajar muebles tallados de finísimos acabados y esculturas religiosas de gran valor. Al paso del tiempo, el padre de Xiomara llegaría a ser uno de los artesanos más destacados de la galería. Su fama de escultor se reconocía en todo "San Antonio de Ibarra".

Xiomara era la primogénita y la adoración de la familia. Su padre le había prodigado una educación cristiana basada en las creencias y valores de ese pueblo de artesanos de donde eran originarios. Hasta que un día, mientras la joven mujer estaba limpiando un retablo a escala por encargo de su padre, puso sus pies en la sala de exhibición un joven apuesto el mismo que mantenía seguros y educados modales con aires de conocer sobre el arte escultórico que en aquel salón se exhibía.

El joven interesado entabló una larga conversación con Xiomara, ella mantenía la mirada fija en el desenvolvimiento del joven. Se pudo dar cuenta que se mostraba seguro y gentil —"Es todo un caballero..."— pensó Xiomara.

Sin encontrar explicación aparente, los jóvenes fueron encontrando el uno por el otro un encanto que los atrapaba a cada minuto mientras paseaban por la espaciosa galería donde se podía admirar una variedad de esculturas religiosas, muebles y escaparates llenos de recuerdos bellamente decorados en finos acabados y texturas; ella le sonreía a ratos y el joven le tomaba delicada atención a sus explicaciones.

— Soy Miguel, es un placer conocerla señorita, tiene usted una maravillosa galería.
— Oh, gracias Miguel, le debo decir que la galería pertenece a una familia de la ciudad, el arte de tallar la madera es una tradición

heredada de generación en generación por la gente de aquí. Mi padre trabaja acá, yo le estoy ayudando por este día.

De poco recorrer las estanterías, el joven se interesó en la escultura de una hermosa virgen que llevaba alas, entonces preguntó por el detalle, Xiomara que había aprendido de su padre, le explicó lo que era una escultura perteneciente a la Escuela Quiteña, y trabajada por un indígena de nombre Caspicara, el joven quedó fascinado y compró una réplica diciéndole a Xiomara que al contemplar la escultura recordaría los bellos ojos apacibles de la dependiente de la galería.

Esta charla fue el pretexto para hacer amistad con la inocente mujer de ojos grises, luego se hicieron una cita y luego otra y otra más hasta que el muchacho declaró sus intenciones de ser más que un admirador de las esculturas de San Antonio. Le confesó que su real interés era ser merecedor del corazón de Xiomara. También se declaró preso de su belleza y naturalidad.

No puedo vivir sin tu sonrisa, le dijo mientras le tomaba del mentón y le acercaba a su boca. Xiomara cedió, invadida por un espejismo entre la belleza de Miguel y una pasión que empezaba a crecer en su interior como una llama viva recorriendo las fibras más íntimas de su ser.

— Me dejarás y te marcharás tú eres un extraño, nadie te conoce aquí. Xiomara le dijo así, y tenía razón, Miguel se sorprendió de lo que escuchaba, sin embargo, no perdió la calma por lo que replicó.
— Linda en poco tiempo volveré a casa de mis padres en la capital, quisiera llevarte con ellos para presentarte como mi prometida.

El joven, susurró al oído de Xiomara despertando en la joven mujer una fuerte pasión dormida por la inexperiencia en cosas del amor.

— Ni la muerte nos va a separar linda. —sus palabras cobraron la solemnidad de una sentencia. Xiomara, se conmovió, pero no respondió en absoluto.

Xiomara terminó por aceptar las pretensiones de Miguel, porque, a decir verdad, la joven empezó a confiar en él; además un fuerte deseo de entregarse a ese hombre le quitaba su tranquilidad en sus noches de hastío en la solitaria habitación de su casa.

Sin embargo, una sensación extraña le acosaba, durante su vigilia se sentía molesta; se producían sueños pesarosos que antes no los había sufrido.

Una ocasión en que no logró dormir como esperaba, porque el sueño se le evaporó en dudas y expectativas desde que conoció a Miguel, increíblemente se vio envuelta con su hombre en una hoguera de amor insaciable, donde desfilaban en loca carrera crucifijos dorados y ricos lienzos decorados con la silueta enamorada de los dos amantes en un extraño paraje campestre al que no había visto jamás.

El día llegó en que Xiomara fue cediendo a las pretensiones del joven que insistió tanto en sacarla de su casa para vivir juntos en la capital.

Dejó la casa de su familia, únicamente se despidió de su pequeña hermanita a quien la besó largamente en sus mejillas hechas de pan del cielo.

Tobby, su perro de juegos y cariños le prorrumpió un largo y acusado ladrido cuando Xiomara se disponía a abrir la puerta de su casa y marcharse en el más absoluto secreto; entonces, se regresó y abrazó al perro con todo el cariño que le sobraba para con su adorado animalito.

— ¡Tobby, precioso, regresaré, no será por mucho tiempo!

El buen perro de la casa con sus ojos humedecidos por la tristeza apenas lanzó un suave quejido lastimero y se alejó del corredor.

Así fue como la delicada Xiomara estaba ya treinta días entre las delicias de su frenesí bajo las sábanas cómplices de las más dulces promesas de Miguel que le prometía hacerla tan feliz como sus fuerzas lo permitieran.

— ¡Te haré tan feliz como a una reina! No alcanzará en tu pecho el amor que te ofrezco Xiomara. Las promesas de Miguel

siempre estaban cargadas de un extendido mensaje de amor para con su dama; la que cada día se enamoraba más de Miguel, el gran amor de su vida.

Pero el tiempo se tornaba tormentoso encargándose de desvanecer las sublimes promesas de su joven amante. Xiomara no entendía cómo la felicidad puede estar reducida a un encierro en un cuartucho de hotel lejos de casa.

Fue un fin de semana cuando el joven llegó a la habitación con una bolsita de cuero de cabra, se situó a los pies de la bella Xiomara y le tiró sobre la cama un puñado de joyas de varias gamas, ella se sorprendió al verlas luego le preguntó.

— ¿De dónde has sacado esas joyas? —Miguel le comentó—.
— Las compré en una subasta,—luego añadió— soy comerciante de alhajas desde hace mucho tiempo ya, cuando "una ganga" se oferta yo la aprovecho, le dijo mientras le entregaba las joyas a Xiomara que le miraba sorprendida y halagada al mismo tiempo.

Xiomara, se sintió deslumbrada por una alianza de oro engastada en unas piedras muy pequeñas que parecían rubíes, otras eran brillantes y unas cuantas de esmeraldas. La tomó atraída por la belleza de la joya, se puso en su anular, mirándolo y asintiendo para sí que ella lo merecía, luego lo miró a él sin decir nada.

— Tómalo, es para ti, te luce espléndida —le dijo—, mientras la besaba con desmedida pasión.

Las salidas del joven eran diarias, decía ir a trabajar como comerciante. En otra ocasión el joven le llevó hacia el cuello fino y esbelto de Xiomara un bello colgante de oro terminado en un pendiente de rica orfebrería ecuatoriana acabado en filigrana; ella no lo esperaba, fue una sorpresa.

Luego de pasar unos cuantos meses sin residencia fija, acomodándose en cuartos de hotel por las diferentes ciudades del país, a Xioma-

ra no le quedó otro remedio que acostumbrarse a ese estilo de vida que su amante le ofrecía; para ella era mejor no preguntar nada.

Sin embargo, una idea fija estaba rondando en su mente: regresar a casa al amparo de sus padres lo antes posible, les pediría perdón y ellos entenderían su error y la recogerían en su regazo.

A pesar de que no era poca la atracción que seguía ejerciendo Miguel en su vida, en tan poco tiempo y, a pesar que Xiomara se sentía presa de un encantamiento irracional. Ella ahora había decidido abandonar a Miguel y regresar a casa.

Se sentía utilizada, y al mismo tiempo acorralada entre el abandonar a Miguel y el rechazo en casa de su padre, único sostén de su familia, su madre era de condición humilde y acataba sin chistar las decisiones de su esposo, al cual le profesaba profunda reverencia.

Después de desahogarse con el religioso en la capilla donde acudió en busca de ayuda, le quedó todavía un sabor amargo en su alma ya que no encontró las respuestas que esperaba. Por lo que añadió.

— Padre. ¿Puedo verlo en otro momento?, debo regresar al hotel, Miguel no tarda en llegar.
— Me temo que no hija, este es mi último día en esta iglesia, al amanecer saldré camino de "Las tres cruces", es donde estoy asilado en la ermita, hasta allí me ha llevado Dios a realizar mi labor evangélica; hace poco tiempo me dedico profundamente a la oración y cuando necesito que Dios le hable me adentro mucho más al corazón de las montañas donde permanezco en total meditación.

Luego prosiguió brindándole consuelo y confianza, posó su mano sobre su cabeza, e hizo una oración bastante condolido por ella; el sacerdote nunca se había acercado a Dios de esa manera, hasta ese día en que encontró a Xiomara triste y desvalida, aunque el padre estaba sereno no dejaba de sentir un dolor en el pecho por la situación de tantos jóvenes desorientados como Xiomara que los hay por el mundo entero.

— Puedes visitarme cuando estés más calmada, en la comunidad de Yaruquí, allí queda "Las tres cruces" están a unas dos horas desde acá. A la ermita llegan gente de muchas partes del país y extranjeros también, llegarás sin problema.

Es un lugar bastante apacible donde encontrarás descanso Xiomara le dijo en un intento de calmar los nervios de la joven: Luego le comentó que los pobladores le han confiado en custodia una pequeña escultura de gran valor que fuera laboriosamente trabajada en tiempos de la Colonia Española en América por uno de los pobladores indígenas de "Las tres cruces".

El carisma y la juventud del sacerdote hicieron que los pobladores le tengan en alta estima y depositen en él su confianza. Su fama de gran orador y dinamismo se ha propagado por todas partes del país y llegan hasta la ermita de otros rincones del mundo a visitarlo donde él se ha retirado.

Así fue cómo la escultura, por pedido de los pobladores al obispo de Quito, había sido trasladada para ir a depositarse en un nicho de piedra junto a la ermita ya que era donde se pertenecía.

La escultura en sí se trata de un mendigo que carga un morral a la espalda. Está tomado de un bastón, junto a él posa un perro sentado mirando hacia el cielo en actitud humilde.

No se ha encontrado motivo del por qué en las "Tres Cruces" deambulan cantidad de perros callejeros. El mendigo de la escultura los alimentaba de lo poquísimo que contaba para su subsistencia.

El concepto de este cuadro ha cobrado gran valor para los pobladores del recinto y se encuentra en un atrio improvisado junto a la ermita donde los feligreses van a orar por sus necesidades y buscar consejo en el joven sacerdote.

Justo, en ese mismo momento, los campesinos salieron del interior de una pequeña recámara apostada en el fondo lateral de la nave de la iglesia con la escultura venerada y que había sido esculpida por uno de los hijos de Yaruquí.

— Vamos ya padre, estamos listos —dijo uno de ellos—, luego le echó una rápida mirada inquisidora a Xiomara.

— Buenos días señorita, saludo tímidamente

Xiomara apenas hizo un ademán de saludo y casi no miró a la escultura que era pequeña para la veneración que había inspirado. Le interesaba saber algo más de aquella ermita donde el sacerdote habitaba. También pensó en regresar a casa acompañada de él para poder remover el corazón de su padre y así conseguir su perdón.

— Padre, puedo ir a visitarle alguna vez, ese lugar no está muy lejos, ¿verdad?
— Si lo puedes hacer, hija —añadió al despedirse— Cuando tú lo decidas, no está lejos de aquí. Te sentirás bien en la tranquilidad apacible del campo y en compañía del Señor.

Y terminó saliendo en dirección donde sus campesinos lo llevaban.

Xiomara salió de la iglesia consciente de su locura cometida en nombre del amor; lo que no se dio cuenta fue que ese día, Miguel la siguió hasta la iglesia y la vigiló todo el tiempo en que hablaba con el sacerdote hasta que este abandonó la iglesia.

También vio cómo los campesinos llevan la escultura que les pertenecía con gran cuidado y veneración.

— Hasta pronto padre, —Se despidió Xiomara con sinceridad—, lucía más tranquila y sus ojos volvieron a brillar con la luz de la mañana.

Luego extrajo del interior de su blue jean unas pocas monedas, que no le servía de mucho, al menos si podía comerse una hamburguesa y un refresco. ¿Acaso debía regresar al hotel..?, le asaltaron sus dudas.

Al regresar al hotel Xiomara y Miguel discutieron acaloradamente, cada uno con determinación, ella se confiesa arrepentida de seguirle en sus aventuras mundanas. También le aseguró que lo dejaría solo y regresaría a casa que era donde ella se pertenecía.

— Puedes hacer lo que te parezca, le dijo Miguel.—fingía, no era sincero—, él quería algo más de Xiomara, estaba acostumbrado a tenerla a su merced cuando le placía y al no contar con ella, Miguel ya no sería el mismo; le faltaría valor para seguir enfrentando su miserable vida de vagabundo.

Xiomara amaneció decidida, no se quedaría un minuto más al lado de su captor, iría a casa de su amantísimo padre, pero antes tomaría camino de la ermita a visitar al sacerdote, y así lo hizo. Vivió unos días en la plenitud de una paz que por primera vez experimentaba. Ayudaba en los oficios religiosos y vestía ahora una sotana de lino crudo igual a la del padre.

Para llegar a la ermita la gente debía cruzar un pequeño puente, luego de una curva pronunciada se puede ver en una de las márgenes del río una pared elevadísima de roca pura dibujada en bajo relieve rojizo unas tres cruces al capricho de la naturaleza.

En las mañanas soleadas encienden su color las tres cruces y en noches de luna se aprecia más sombrío el lugar, pero las siluetas de las tres cruces toman el color de la plata con el reflejo de la luz plateada. Los campesinos no dudaron en bautizar el lúgubre lugar como “Las tres cruces”.

Allí están eternas, bajo las arboledas empinadas en lo alto de la pared de roca gris.

Una de las tres cruces se destaca más que las dos, es más visible donde todos los peregrinos se hacen la señal de la cruz y continúan su viaje.

Los feligreses llegaban a los predios de la ermita en grandes cantidades, los milagros concedidos al pie de la roca desnuda se habían hecho populares en la región.

Xiomara y dos campesinas más se encargaban de servir los fiambres que los comuneros les ofrecían a los visitantes en recompensa a sus visitas.

También había cantidad de ofrendas que le llegaban al padre.

Xiomara había aprendido a entonar la guitarra reproducía algunos salmos gregorianos para acolitar en la misa que se hacía a cielo abierto bajo algunas carpas improvisadas.

La mujer viste una sotana y su actitud es de los más humilde y recatada entre el joven sacerdote y la muchacha empieza a darse una relación amigable; día tras día los dos entran en una relación espontánea que se va trocando en una especie de cariño intenso, sin percatarse. Por lo que el padre decide retirarse a las montañas para pedir consejo de Dios.

— Xiomara, voy a dejarte unos tres días, tu estarás bien en compañía de los comuneros, además nada te hará falta aquí, ha llegado el tiempo de mi retiro con el señor, ayunaré y oraré por ti.
— Vaya con Dios padre, todavía me encontrará aquí.

Y se acercó unos pasos para escucharle atentamente, le miró a los ojos, en ese instante, no pudo disimular el deseo que tenía de estrecharle entre sus brazos para despedirlo, pero se contuvo, no lo hizo, entonces el padre se alejó ofreciéndole otra vez como en la iglesia donde se conocieron otra sonrisa, casi imperceptible.

Miguel llegó a la ermita sin ser anunciado con el propósito de llevarse de nuevo a Xiomara y de paso robar la escultura para vendérsela a dos coleccionistas de arte religiosos con los cuales ya había hecho sus tratos.

Lo logra, muy fácil, nada más falseó el candado soldado a la estructura de metal, tras el cristal; tomó la escultura, luego la esconde sin ser visto en un bolso de mano de Xiomara.

Más adelante, deciden regresar juntos a la capital uno y otro en asientos distintos cual dos desconocidos ella necesitaba pensar en lo ocurrido ya nada será como antes ahora ella goza de su libertad, lo abandonará definitivamente. Pero quiere alejar a Miguel lo más posible del casto sacerdote, por lo que acepta regresar acompañada de Miguel.

En el camino de huida al cruzar el puente y entrar en la curva que da a las tres cruces, la tierra tiembla súbitamente amenazando un desastre mayor; se produce un sismo fortísimo el auto se tambalea y amenaza por caer al barranco junto a las tres cruces, los campesinos que ocupan el destartalado bus entran en pánico apenas les da tiem-

po de persignarse exclamando: ¡Jesús protégenos! al instante el temblor cede. Dios ha escuchado a los comuneros; es el esperado milagro de Dios.

Xiomara, busca la forma de salir atropelladamente en su apuro de abandonar el autobús donde viajaba, al tomar tierra, deja caer sin conciencia la escultura de su maletero de mano. Los pobladores que van en el bus le han identificado.

De pronto un niño que salió de entre la turbulencia de gentes que se arremolinaban sobre el llano a un lado de la carretera grita.

— ¡Mamá, mamá! Mira es el pordiosero de la ermita.

Los campesinos aturdidos todavía por el intenso temblor toman posesión de la muchacha y la crucifican al pie de las tres cruces; luego apresan a Miguel y hacen lo mismo. Decididos a darles muerte por su atrevimiento.

Los campesinos toman a los dos jóvenes. Xiomara, quien no encontraba explicación alguna para lo que le estaba ocurriendo, solo llora amargamente exclamando su inocencia. Ya nadie le cree en su llanto angustioso. Los campesinos la encuentran cómplice del hurto cometido y van a cumplir la sentencia tomando justicia por mano propia.

De inmediato aparece el sacerdote en el camino del puente todos lo ven desde lejos, pero es tarde los pobladores enardecidos han dado muerte a los bandidos. Y victoriosos de su hazaña depositan la escultura de la ermita en manos del sacerdote, este estupefacto, no sabe cómo reaccionar. Tampoco puede articular palabra alguna.

Uno de los campesinos se acercó al sacerdote con estas palabras.

— Padrecito, Dios ha hecho temblar la tierra para que podamos encontrar lo que nos estaban robando, nuestro santito, aquí lo tenemos.
— El sacerdote tomó la escultura, sin inmutarse; sin pronunciar una palabra. Ese mismo día la llevó a su lugar para luego desaparecer para siempre de los polvorientos caminos de las tres cruces que llevan a la ermita.

El catre

La epidemia estaba en su punto más crítico; los infectados ya se contaban por cientos; las pobres gentes permanecían prisioneras en sus casas por temor al contagio en las calles y plazas de la pequeña ciudad controlada por el ejército.

No se permitía tomar sus coches y salir fuera de la ciudad, tampoco estaban permitidas las reuniones familiares o sociales. Se había decretado el toque de queda y la alerta en rojo se había activado en todo el país que permanecía resguardado de fuertes cordones militares. Los médicos y bacteriólogos permanecían buscando el antídoto para contrarrestar la enfermedad que causaba fiebre, delirios, vómitos de las entrañas y finalmente la muerte.

Los pocos suministros que el gobierno administraba se repartían de forma racionada de puerta a puerta. Los militares eran los encargados de hacer llegar a las casas las raciones de alimentos y vigilar de los muertos que tenían que ser retirados a la morgue de la ciudad.

La ronda de un soldado.

Tocó la puerta el joven gendarme que apenas contaba con veinte años con una pequeña ración de provisiones y vituallas en la mano. Al instante del otro lado de la puerta la muchacha saltó del catre donde permanecía casi pegada a la manta por el sudor excesivo que la fiebre le provocaba.

— ¡Buenos días!, ¿hay alguien en casa?
— ¡Sí, aquí!. Espéreme, no se vaya por favor, gritó la joven desde dentro visiblemente angustiada.

Apenas la muchacha abrió nerviosamente la puerta, lo suficiente para recibir lo que el uniformado le ofrecía.

— Retírese dos metros hacia atrás¡ advirtió el imberbe gendarme, él también traía su semblante no solo preocupado sino agotado del intenso trabajo que se hacía en la ciudad.

La muchacha se retiró unos pasos hacia atrás. El joven logró fijar la mirada en una hermosa figura de mujer joven si apenas contaba con unos diecinueve años. Su rostro se mostraba macilento consumida por el virus asesino. Su camisón transparente se había fijado a su cuerpo empapado en sudor por la fiebre que sufría.

Su tórax se ensanchaba en cada exhalación forzada dejando al descubierto unos bien redondeados senos firmes y perlados por la transpiración enfermiza de la joven mujer. Su voz enronquecida se hacía forzosa y casi inaudible era difícil de reconocer coordinación alguna en lo que decía la mujer.

— Aquí tiene, es lo de hoy, en unos días volveré por usted, entonó el gendarme agachándose a depositar los alimentos en el piso mientras levantaba su mirada en una actitud perturbadora que le provocaba la mirada suplicante de la joven que apenas podía lograr una débil sonrisa que hacía que el ovalo perfecto de su rostro evidencie una frágil belleza deseada, al mismo tiempo peligrosa.
— Por favor señor, no vaya a abandonarme ya casi se me acaba el agua, yo soy la única sobreviviente en esta casa. Mi nombre es Mara. Y el suyo, cuál es su nombre..., ¡Dígamelo por favor!

Suplicaba la joven en un intento de no ser olvidada por su benefactor al correr del tiempo.

¿Cuándo regreses por mí me hablarás por tu nombre, me comprendes?

Sin duda la muchacha deliraba. Su voz se contraía y casi se la escuchaba con dificultad.

Él no le dijo su nombre cerró la puerta apresuradamente, un tanto asustado y se marchó de allí hacia otro sector de la ciudad a seguir con su trabajo.

Desde la calzada le dijo en voz alta a fin de ser escuchado por Mara.

— ¡Volveré, señorita, no se preocupe, volveré!

Pasaron ocho días desde la visita a la casa de Mara, tiempo en el cual, el joven gendarme había calculado que se acabarían los alimentos que le había dejado en su casa. Se dio forma para intercambiar con su compañero de domicilios a fin de que le tocara la casa de Mara, debía volver por ella, le había subyugado la forma en que ella le había pedido que volviera a buscarla y protegerla otra vez.

— ¿Ay alguien aquí?, preguntó el joven, con la esperanza de encontrar a Mara todavía con vida.
— Sí, estoy aquí, no tardo salgo ahora. Dijo Mara con tono pausado.

Abrió la puerta y para sorpresa del joven, Mara salió con un vestido floreado, lucía fresca y lozana, sin apariencia de estar afectada.

— ¿Qué paso.. qué te sucedió?. La fiebre, ¿Qué pasó con la fiebre?
— No lo sé, solamente tomé los suplementos que tu trajiste, desde hace días que no tengo síntomas.

Enseguida el joven hizo una pausa y pensó para sí, —debo reportarlo— a lo mejor es el antídoto que estamos esperando que ya está haciendo efecto en los pacientes y la gente del laboratorio todavía no sabe de este caso.

— Quieres pasar, le ofreció su hospitalidad haciéndole señas con su mano. Charlaremos un rato. Mara lucía tranquila y una sonrisa de complacencia iluminaba su rostro dejando ver las perlas de sus dientes simétricos en derredor de su boca delicadamente sonrosada por el carmín de sus finos labios.

El joven entró en la casa de Mara un tanto dudoso de su repentina recuperación, pero, luego pensó. —"Esas cosas estaban pasando en la ciudad"—, los enfermos se recuperaban, lo reportaron en algunas ocasiones. Él lo sabía y lo tenía bien claro, solo debía reportar un caso más de recuperación, pero no debía involucrarse con los pa-

cientes infectados, eso estaba terminantemente prohibido por el sistema de salud.

Mara se sentía agradecida con aquel joven galante que lo consideraba su protector por lo que trataba de alagarlo de alguna manera, sonriéndole y tomándole de sus manos hasta el que intentó seducirlo y él se dejó llevar por las amantes demostraciones de la bella joven. Se acercaron tanto los dos hasta tomar contacto de su piel el uno con el otro. Sintió el joven la calidez de su piel y de sus pechos firmes y redondos, el joven perdió su juicio.

Así fue como súbitamente los dos se encontraron entrelazados en un momento de desenfreno y pasión acumulada, Mara, llevaba la iniciativa, en cada arremetida inutilizaba la voluntad del joven gendarme. El correspondía con inusitados besos, no sentía sus pies en la tierra, el gendarme volaba por los aires preso del intenso cariño de Mara y sus demostraciones de agradecimiento.

De un tirón la arrojó al catre donde Mara un día saltó empapada de sudor y fiebre e hicieron el amor por muchas horas.

Al siguiente día, el joven entró en el cuartel donde se presentó a pasar lista.

Uno de sus superiores, el sargento miró a los ojos del joven soldado, este no podía disimular el brillo de su mirada vidriosa y enferma con evidencia de mortal contagio. El sargento sacó su pistola del cinto y ordenó:

— Soldado, acompáñame a su celda en calidad de detenido para su aislamiento inmediato.

El joven gendarme bajó la mirada y siguió caminado acompañado de las flores primaverales del vestido de Mara.

“Eres el dueño
de tu vida
y tus emociones,
nunca lo olvides.
Para bien
y para mal”.
El Principito

cce
IMBABURA

www.casadelacultura.gob.ec
2022

La CCE, sembrando la buena semilla de la patria

Colección
TAHUANDO
302